

HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro (comp.). *La Tradición Clásica en el Perú Virreinal*. Lima: Sociedad Peruana de Estudios Clásicos y Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1999, 344 pp.

Los quince ensayos que componen este volumen constituyen una sugerente invitación a pensar en el momento fundacional de nuestra cultura mestiza y en el rico proceso de incorporación de la cultura occidental suscitado en los Andes a lo largo de los siglos XVI y XVII. Nacido como nación en las postrimerías del Renacimiento, el Perú de los conquistadores dejó en pocas décadas de ser mero campo de batalla de los tensos enfrentamientos entre las facciones peruleras, la Corona y la resistencia andina. La recreación de la sociedad hispana en los Andes dio lugar al florecimiento de una cultura urbana sorprendentemente sofisticada para un contexto colonial. Fenómeno que se explica en gran parte por la pujanza económica del Perú de la segunda mitad del siglo XVI y por las demandas culturales de una población española —laica y religiosa— acostumbrada a la complejidad intelectual de la época, a caballo entre el Renacimiento y el Barroco.

Los ensayos de los que se compone el volumen podrían ser divididos en tres grupos. A saber, aquellos que nos presentan aspectos o personajes propios de esa incorporación del mundo cultural del Renacimiento y la cultura clásica europea al contexto cultural andino (Tord, Lohmann, Núñez, Picasso y Stastny); aquellos de reflexión sobre el andamiaje teórico sobre el que se construyó y diseñó el orden político colonial en el Perú de ese entonces (Sánchez-Concha, González, Ramos y Ballón) y en tercer lugar —en nuestro juicio los más sugerentes para posteriores investigaciones— aquellos trabajos que revelan aspectos de ese interesantísimo proceso de adaptación y reelaboración de los contenidos y formas de pensamiento *clásicas*, para pensar e interpretar, a su vez, los Andes y su historia en el mundo cultural de occidente (Rivara de Tuesta, Hampe, Zanelli y Mujica). Por cierto, acaso el mérito mayor

de este volumen sea precisamente la posibilidad de leer la recepción de la cultura clásica europea a través del enfoque interdisciplinario, pues nos acercamos a lo anteriormente señalado gracias a las calas que nos permiten la filosofía, la literatura y la historia.

En la introducción, a cargo de Teodoro Hampe Martínez, compilador de la obra, tiene ya el lector interesado una sumilla lo suficientemente clara de cada uno de los ensayos y por ello preferimos centrar nuestro comentario en lo que adelantamos podría ser la tesis de este esfuerzo conjunto, pero con mayor razón aquella de los ensayos sobre los que centraremos nuestra atención. La recepción de la cultura clásica fue muy variada y se produjo en manifestaciones diversas —copia de formatos de creación literaria y artística en la obra india, difusión de temas literarios e iconográficos y hasta la aparición en nuestro medio de verdaderas personalidades renacentistas en el Perú, como sucedió con el minero y librero lusitano Henrique Garcés, original y esforzado difusor de Petrarca en el orbe hispano—, pero la apropiación del discurso y los temas clásicos se presenta mucho más atractiva a los estudios culturales cuando advertimos su uso en la afirmación de un discurso peruano interesado en afirmarse y legitimarse en la cultura occidental —más propio sería hablar de una cultura hispana—, a través de las posibilidades ofrecidas por esa propia cultura —que es la cultura dominante y oficial—; y ello se lleva a cabo por la acción conjunta de intelectuales mestizos y de representantes de órdenes religiosas.

El motivo último para esto era por cierto, la necesidad de afirmar y enraizar a los Andes y su tradición en la historia de la Cristiandad, si bien este objetivo no siempre se hizo de manera tan consciente. Pero no otra cosa se propuso Fray Jerónimo de Valera —hermano del misterioso y polémico cronista Blas Valera— al teorizar en una de las primeras obras de filosofía compuesta por un americano, y de hecho por un peruano, en 1610. Es la suya una obra formalmente representativa de la resurrección de la Escolástica restaurada por el humanismo y sin embargo esa caracterización no dejó de lado el hecho de que además el autor buscara repensar desde los Andes,

tanto a Aristóteles como a los filósofos medievales, bases del pensar renacentista. ¿Y para qué hacerlo? ¿Acaso no eran Aristóteles y compañía, suficiente motivo? Tanto la obra de Valera, como la del jesuita Leonardo de Peñafiel, S.J. —también interesado en retomar desde el Perú a Aristóteles— tuvieron un cometido adicional al de ser meros receptores y comentaristas de los filósofos clásicos, y fue demostrar —con mayor intencionalidad política en el caso de Valera— que el reino del Perú era también un ámbito de discusión para estas materias, a la altura de cualquier otro centro académico y universitario del Viejo Mundo.

Tampoco se hallan lejanos en similares intenciones, *Los Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega, crónica aparecida un año antes de la obra del filósofo Valera. Garcilaso, emblemático autor mestizo, buscará de manera consciente salvar el drama de su doble y conflictivo origen, al escribir la historia del Tawantinsuyu inca, acomodando la información histórica andina al formato de un relato clásico, como la tragedia. Género que, como bien anota Zanelli, se conoce en la cultura occidental sólo a partir del redescubrimiento de Aristóteles. En este sentido, apelando a legitimar su pasado andino, se valió nuestro emblemático autor de las herramientas de la modernidad para la reelaboración de su historia de acuerdo al gusto de un lector hispano a ambos lados del océano. Tragedia, discurso filosófico o relato iconográfico —el formato podría variar—, que al mismo tiempo revela la aceptación de un mensaje cristiano en el que la Providencia favorece la conquista de los Andes por España con el fin moral superior de la evangelización y la incorporación del hombre americano al legado salvífico de la fe católica.

La limeña fiesta immaculista descrita por Mujica, bien podría ser la imagen más gráfica de ese siglo XVII peruano, ansioso de probar —a través de su barroquismo— su derecho a ser mestizo —andino y occidental al mismo tiempo— reinventando un clasicismo que lo afirma católico y por tanto universal, sin dejar de lado su propia tradición nativa, que sin embargo reelabora. Frecuentar tanto a los autores griegos, como a los latinos, a las ciencias, las musas y a los Incas —guiados nada menos que por la Santísima Virgen—, es la prueba máxima de

un cosmopolitismo que obsesionó a los peruanos del XVII. *Dimme con quién andas y te diré quién eres*: nuestros criollos buscaron con verdadera obsesión la mejor compañía. Ella —la cultura oficial europea— les abriría las puertas de la Modernidad occidental, sin traicionar por ello necesariamente sus orígenes andinos. El riesgo de que esa búsqueda pusiera en jaque el vínculo colonial, no será por entonces aún plenamente reconocido —y asumido—, pues de hecho el fenómeno se manifestará plenamente en la centuria siguiente y escapa a la intención de la obra reseñada. Circunstancia —la afirmación cultural criolla— sobre la que nos hubiera gustado encontrar algún comentario en la introducción al volumen.

Estamos, pues, ante un libro que inicia, acaso sin proponérselo en conjunto, una sugerente línea temática en nuestro medio: los llamados estudios culturales sobre la identidad criolla. Celebremos la perspectiva interdisciplinaria, y el hecho de que algunas de las colaboraciones incluidas anuncien trabajos de mayor envergadura y de gran interés para releer la historia cultural de los siglos XVI y XVII. Esperemos por ellos.

Carlos M. Gálvez Peña
Instituto Riva-Agüero